

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuendas suscipitis...

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Denique, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmetis.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 39 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

## A LA NACION.

Un nuevo infortunio, a cuyo solo anuncio se han convertido en desgracias secundarias las que no ha mucho tiempo parecían insuperables, demuestra ante todo su funesta importancia, fundiendo en una sola voluntad de todos los que suscriben, que individuos y representantes de diversas escuelas políticas, al aparecer unidos ante el país, dan clara prueba de que el asunto que tan de súbito los ha congregado, traspasando los límites de cada partido, pone en aventura el interés supremo de la Patria.

Ninguno de los que regulan la conducta de un Gobierno por las necesidades más apremiantes del pueblo que administra, aguardaba seguramente en estos momentos la aparición de reformas radicales en Ultramar. Jamás una cuestión más grave ha sido más brusca e inopinadamente planteada.

La forma en que viene, la ocasión en que se presenta; las recientes promesas que contradice; los recuerdos que despierta; todas las circunstancias, en fin, que la acompañan, han engendrado, como natural consecuencia, el legítimo resentimiento de la separación y ruina de nuestras provincias americanas.

La alarma es tan profunda como justificada; nunca ha tenido mayor motivo. No hay uno solo de cuantos estímulos pueden conmover a un pueblo que no haya puesto en actividad el proceder extraño y precipitado del Gobierno.

Era preciso que España cayese en tanta flaqueza que pudiera renunciar a un tiempo a su historia y a su porvenir; a su progreso y a su honor, para que permaneciera indiferente en presencia del grave peligro que corren las Antillas. Era preciso que no le importase ver aniquilada su marina, desamparados sus puertos, interrumpido su comercio, muerta su industria, empobrecida su agricultura, menguada su importancia, rota su comunicación con el mundo a quien dio su espíritu y su sangre, perdido el afán de tres siglos y hasta perdidas para siempre las cenizas de tantos hijos queridos, sin tener al menos el consuelo de que reposen a la sombra de su bandera.

Hay hombres, sin embargo, que no encontrando en la amenaza de tantos intereses explicación satisfactoria de la inquietud presente, la atribuyen a la pasión política; al rencor de los partidos, al ansia del mando, como únicos motivos poderosos en su concepto a conmover los ánimos. España entera les responde que hay otros sentimientos; no obstante, a la esperanza de conveniencias.

¿Cuál era el estado de esta cuestión? ¿Cuáles sus antecedentes? Basta exponerlos para hacer evidente a los ojos del mundo, que España no ha vuelto la espalda a ningún principio generoso, que la extensión de la esclavitud está proscrita por todos los partidos y sancionada por una ley y llevándose a cabo en estos momentos; que el estado de aquellas provincias no constituye mayor premura; que están satisfechas la opinión y la justicia, aunque no la impaciencia de los que aborrecen todos los arbitrios de la templanza, y para convencerse de que es un hecho la emancipación, necesitan escuchar el estruendo de la catástrofe, dejando en perpetua duda, si están apasionados de la reforma o del trastorno.

La simple narración de los hechos hará que la verdad nos defienda contra propios y extraños, ya que alcanzamos tiempos tan miserables en que hay españoles que parecen interesados en mantener vivos los errores y las calamidades que redundan en menoscabo de su patria.

No fue necesario que el advenimiento de amplias libertades políticas diese calor y excepcional importancia a las cuestiones de Ultramar, para que ya en 1866 un Gobierno español declarara a la faz del país, que estaba dispuesto a satisfacer las aspiraciones de las Antillas en cuanto tuviesen de legitimidad, y a marchar resueltamente a la abolición de la esclavitud. Se abrió una información, a que asistieron representantes de ambas provincias, y expusieron en ella lamentablemente su pensamiento: severas disposiciones legislativas reprimieron la traza, que desde entonces quedó totalmente abolida, no solo por efecto de las nuevas prescripciones legales, sino por el hecho de que habían llegado las cosas, comprendieron que la mejor manera de servir a España, era no embarazar el cumplimiento del noble compromiso que había contraído.

Tal era la intención de la Metrópoli, cuando, coincidiendo a corta distancia con la revolución de Septiembre, estalló la insurrección de Laredo en Puerto Rico y la de Yara en Cuba: ambas con igual tendencia y ambas de largo tiempo preparadas.

Estimulada entonces la opinión pública por las ideas dominantes, y hábilmente extraviada por los agentes de los insurrectos, introducidos de antemano en todas las venas sociales, fué la común creencia que haciendo partícipes a los antillanos de las libertades proclamadas en España, depurarían las armas y acatarían la autoridad de la Metrópoli, y cesaría el conflicto.

No desconocía el Gobierno de entonces el verdadero carácter de la insurrección americana: no se dejó arrastrar de las apremiantes instancias de la opinión; pero accedió al ensayo de las conciliaciones liberales, como único medio de justificar la sinceridad de sus promesas, y en caso necesario, la intervención de las armas.

Uno de sus primeros actos fué anunciar a las dos Antillas que estarían representadas en las Cortes Constituyentes, en igualdad de condiciones con las demás provincias de España. Casi todos los jefes de la dispersa insurrección de Laredo, sometidos a la acción de la justicia ordinaria y de los consejos de guerra, convictos y confesos de delitos sancionados con pena de muerte, fueron generosamente amnistados, en prenda de fraternidad y en señal de la nueva era que se inauguraba. Ni esta conducta fué bastante a que los rebeldes de Cuba depusieran las armas, ni su pertinacia impidió que el Gobierno insistiera en su política conciliadora. El nuevo gobernador superior de aquella isla llevó instrucciones para evidenciar a los ojos de los insurrectos los propósitos de la Metrópoli.

Los días una tréguila de cuarenta días: expidió decretos concediendo amplia libertad de imprenta y de reunión y las exhortó, por cuantos medios pueden sugerir la benevolencia y el patriotismo, para que, depuestas las armas, acudiesen a los comicios. Si alguna vislumbre de buena fe animaba la conducta de los hombres que hasta entonces se habían llamado reformistas: si en el cambio de sistema que con tanto ardor habían reclamado, buscaban el ejercicio de derechos políticos y no el medio más seguro para atentar a la integridad del territorio, esta era sin duda la

ocasión más propicia para demostrarlo. No podían alegar ni razón ni pretexto para dudar de España. Tenían al frente del Gobierno provisional el hombre político que con más ahínco había abogado por su causa; se puso al frente del gobierno de la isla la autoridad que en épocas anteriores les había demostrado mayor afecto: podían ejercer en la Asamblea constituyente la influencia de su número, de su palabra y de su voto; tenían, en fin, la garantía de una revolución que, orgullosa de su triunfo, buscaba en la libertad el antídoto de todos los males.

¿Cuáles fueron los resultados de esta política? Presentes están en la memoria de todos. Aquellos insurrectos que según sus tenaces abogados solo deseaban participar de nuestras libertades, aprovecharon la tréguila otorgada para llevar la insurrección a los centros productores de la isla: ejercitaron la libertad de imprenta para excitar todas las pasiones que podían conducir a la independencia; se valieron del derecho de reunión para conjurarse en nuestro daño y procurar recursos a los rebeldes. El grito de guerra español sonó por primera vez en las calles de la Habana, como respuesta definitiva a tan generoso comportamiento: la adhesión a nuestra bandera era considerada como delito, y voluntarios y militares fueron públicamente asesinados. Con saña ciega, con impaciencia verdaderamente providencial, creyeron seguro el triunfo y arrojaron la máscara. Muchos de los que habían asistido a la información hicieron alarde en el campo enemigo de haber aconsejado y obtenido la imposición de contribuciones directas con el solo objeto de expiar por todas partes el descontento y el odio a la Metrópoli. Perfidia digna de ser notada: aprovecharon el primer momento de nuestra benevolencia para forjar el primer puñal que habían de clavarnos. Desde entonces la verdad quedó tan iluminada, que no es posible, ni aun lícito el error.

La opinión se rebizó: los hechos eran de tal índole y bulto que no daban lugar a la duda: el patriótico silencio de los partidos más avanzados demostraba que era general el convencimiento de la inejecución de nuevas conciliaciones.

Quedamos, pues, en presencia de una insurrección descaradamente separatista; sin disculpa ni justificación en concepto de los hombres de Estado, pues no podían conmensurar ni aun con la fundada esperanza de que, si llegara a vencer, podría constituir un pueblo independiente: eliminados de aquella isla los elementos con que la Metrópoli le dio vida y le dio subsistencia, con los restantes, débiles y desventurados, nadie que conciese el asunto, podía creer que los insurrectos llegarían a organizar su sociedad república; y suponiendo que por largo tiempo permanecieran dueños de sí mismos, solo lograrían levantar un monumento vivo de la flaqueza de España y de la desdicha de sus hijos degenerados. Ahora mismo, haciéndonos la guerra y apelando a la devastación y al incendio, no han podido impedir que en estos cuatro años haya ido en constante progreso la prosperidad de la isla: indicio seguro de la escasa influencia que ejercen en su destino.

La guerra de Cuba, en vista de tales datos y con asentimiento de todos, quedó reducida al arbitrio de las armas.

De idéntico carácter se presentó revestido el movimiento insurreccional de Puerto Rico: consta en documentos oficiales que ya en el año de 1866 estaban sus caudillos en inteligencia con los conspiradores de Cuba. En las proclamas que dieron al ponerse en armas, piden liberalmente la independencia: confiesan su delito en el proceso que interrumpió la amnistía, cuya copia existe en las oficinas del Estado; y cuando tales hechos dejaban alguna duda, bastaría a disiparla el saqueo a que condenaron las casas de los que en Laredo eran más señalados por su lealtad a España: en esto ocuparon las pocas horas que dominaron en la villa.

Desamparados de la manigua, verdadero baluarte de la insurrección cubana, y obligados por las condiciones de aquel suelo a combatir desahuciados o a someterse sin condiciones, comprendieron que no era en el campo donde podían prestar mejor servicio a la causa que defendían: mudaron de táctica, pero no de propósito. Así lo acreditan los efectos de su conducta: jamás después de amistiados han dado muestras de un sentimiento verdaderamente español; lejos de ayudarnos, como debieran, cuando lesales, a terminar lo antes posible la azarosa situación de Cuba, no han cesado un solo día de alegar su aparente sosiego para reclamar y promover las reformas políticas y sociales que mayor inquietud habían de producir en los defensores de la gran Antilla y mayor estímulo en los rebeldes: la obra es común, el trabajo diferente; pero encaminado al mismo objeto: en Cuba está la apariencia de la guerra y en Puerto Rico la esperanza de la victoria.

Guardáramos prudente reserva sobre este punto, si no viéramos con asombro que se intenta fundar todo un sistema de gobierno sobre el error inconcebible de que en Puerto Rico no existe un verdadero partido separatista. Desastrosas han de ser las consecuencias de tal premisa. Ninguna consideración nos obliga en tal caso a guardar respeto a la falsedad y a la perfidia, y todas, al contrario, nos apremian a patentizar la verdad desnuda, único camino sobre el cual no se puede levantar edificios que no amanecen ruina.

Uno de los síntomas más alarmantes que presenta este desgraciado negocio, es el empeño temerario con que personas constituidas en alta posición social pretenden persuadirnos de que es normal la situación de Puerto Rico y de todo punto independiente de la de Cuba. Casi a un tiempo apareció en ambas la rebelión: probada está su connivencia: evidentes sus mutuos auxilios; iguales han sido su origen y sus leyes, y lo será su porvenir.—No hay entendimiento tan obcecado que conciba arrollada nuestra bandera en una isla y triunfante en la otra.

Los que de buena fe profesaban esta creencia, quedarían sin duda desengañados, cuando la autoridad que gobernaba la pequeña Antilla, a pesar de sus ideas radicales y del aserto que había demostrado a los reformistas, y de los aplausos que en cambio había recibido, se negó, en uso del derecho que le concedían nuestras antiguas leyes, a dar cumplimiento al decreto expedido en 1870, para la organización del régimen municipal, creyendo, como buen español, que era incompatible con la seguridad de aquella tierra. Sus razones fueron atendidas y había motivos para suponer que, en vista de este último dato, la supuesta normalidad de Puerto Rico no volvería, por ahora al menos, a amenazar la integridad del territorio.

Muerto notorias son las graves complicaciones

que en todas partes ha ocasionado cualquiera reforma en la triste y lamentable institución de la esclavitud. Los momentos en que España acometió la solución de este problema, excluyen toda sospecha con respecto a la firmeza de su resolución. Teníamos en Cuba la misma hostilidad que ahora y aun en mayor escala; el mismo espíritu separatista, acechando una ocasión favorable para inundarlo todo; necesitábamos, como ahora, de la producción de la isla, fundamento y garantía del crédito a que constantemente apelamos para sufragar los gastos de aquella guerra: cualquier perturbación en el trabajo hubiera producido un conflicto de difícil o imposible remedio. En tales circunstancias ningún país del mundo ha intentado abolir la esclavitud. Las Cortes españolas votaron, sin embargo, la ley de 4 de Julio de 1870. Libres son ya cuantos han nacido en España desde el año de 1863, y jamás volverán a nacer esclavos en sus domos: libres cuantos pertenecen al Estado; libres cuantos han cumplido sesenta años; suprimidas están las penas corporales y amparados eficazmente el niño y el anciano. Así respondió España a sus compromisos y a su conciencia. Organo, en este caso, de la opinión universal, un Gobierno europeo, precisamente el que más se ha interesado de antiguo en esta cuestión, nos hizo ante el Parlamento de su país completa justicia.

Este asunto quedó satisfactoriamente resuelto, en tanto que no cambiasen las condiciones de aquellos países. Comprendiendo las Cortes Constituyentes la urgente necesidad de evitar la perpetua alarma de tantos intereses, preceptuaron en el art. 21 de la ley, que no se intentara ninguna nueva reforma, hasta que la isla de Cuba estuviese representada en el Parlamento. A más de este compromiso, el más solemne que puede contraer un pueblo, muchas son las protestas que, encaminadas al mismo propósito, han hecho los hombres que hoy más influyen en la gobernación del Estado; con general aprobación declaró ante las Cortes el jefe del Gobierno, que el espíritu que anima a los voluntarios de la Habana animaría su política en Ultramar: con no menos aplauso de la Cámara, otro de los individuos más importantes del ministerio, protestó de que, en su concepto, no había ningún principio superior al de la integridad de la patria, y que a este estaba subordinado a sacrificarlos todos: estas opiniones han sido ratificadas en el seno de las Cortes actuales. Aparte del discurso pronunciado en 12 de Octubre último, por el jefe del ministerio, discurso cuyo espíritu y tendencias aplaudieron calorosamente y aceptaron los hombres más conservadores de la Cámara; en 14 del mismo mes el señor ministro de Ultramar, a propósito de una exposición sobre la esclavitud, dijo ante el Senado estas textuales palabras:

«Si ahora se pide al Gobierno que exponga a la Cámara su resolución en este asunto, yo me anticipo a decir al Senado, que el Gobierno no hará en la cuestión de la esclavitud más que cumplir estrictamente la ley y los reglamentos: absolutamente nada más.» Y no cabe decir que el ministro del ramo no interpretara fielmente la resolución de sus compañeros: una persona de entero crédito, plenamente autorizada por todos los propietarios de Cuba para exponer al Gobierno las necesidades de aquella isla, remitió a sus comitentes las mismas idénticas seguridades, leídas y aprobadas por el actual presidente del Consejo de ministros.

Las lecciones de la experiencia, los preceptos de la ley, las protestas solemnes, las palabras confidenciales, tantas garantías, en fin, inspiraron la consoladora esperanza de que la política del Gobierno en las Antillas se reduciría, por ahora, a satisfacer la más apremiante de sus necesidades: la terminación de la guerra y el desengano de todos los rebeldes.

Tal era el estado de las cosas, cuando a los pocos días, de pronto, sin que ocurriera ningún incidente que hiciera compatible la inconsecuencia con la dignidad, los individuos más importantes del actual Gobierno, poseídos de una inquietud desatinada y frenética, y cuyas verdaderas causas ignora todavía el pueblo español, declararon que estaban resueltos a llevar de un golpe a Puerto Rico el decreto sobre la organización del Municipio, detenido en concepto de peligroso por una autoridad radical; otro decreto, separando al mando civil del militar, y la abolición inmediata, instantánea de la esclavitud.

Fanestas en sí semejantes medidas, lo son más, y sobre todo más inexplicables, si se consideran los acuciosos momentos en que se adoptaron. La guerra civil había invadido ya las provincias de Cataluña y amagaba las del Norte; sublevado el partido federal en varios puntos de Andalucía; intentaba impedir las últimas operaciones de la quinta y dejar en cuadro nuestro ejército; se estaba realizando un empréstito, de cuyo resultado daba el Gobierno el cumplimiento de sus obligaciones y hasta su propia existencia. Estos eran los cuidados, estos los angustiosos conflictos que rodeaban al ministerio. ¿Cuál de ellos iba a desaparecer? ¿Aminorarse si quiera con las reformas de Ultramar? Todos se agravaron a su solo anuncio.

Contemplando tanta cegueda, se despierta naturalmente el recuerdo de tristísimos hechos consignados en documentos oficiales, que dan evidente testimonio de que no ha faltado en las aserfas de nuestros Gobiernos quien mire estas cuestiones con un criterio odioso y repugnante a la dignidad y a la conciencia de España. Vienen involuntariamente a la memoria aquellas comunicaciones en que el representante en esta corte de los Estados Unidos, daba cuenta a su Gobierno de que un importante hombre político, íntimo entonces, y correligionario de los ministros de ahora, estaba dispuesto a entablar negociaciones para la cesión de Cuba, mediante una indemnización satisfactoria: se recordan análogos comunicaciones en que el mismo diplomático, después de participar a su Gobierno los proyectos que abrigaba sobre Puerto Rico uno de los ministros actuales, añadía, aunque solo fuese por su cuenta, y como adelantando la buena nueva, que una vez realizada, sería inevitable la pronta independencia de Cuba.

No era infundada semejante pronóstico. Puesto en vigor con ligeras alteraciones el decreto de 1870 sobre régimen municipal, el dominio español en Puerto Rico quedaba desarmado y dependiente de la voluntad de sus enemigos. Todos los medios de influencia, todos los resortes sociales y políticos pasan a ser atribuciones de sus ayuntamientos. Pagarán al Clero; dirigirán la instrucción pública y la beneficencia, sin intervención del Estado: en el número de sus infinitas atribuciones está la de crear arbitrios sin limitación por artículos de primera necesidad. Con solo este recurso pueden hacer inútil el arbitrio de

nuestras naves a aquellos puertos. Quedan además facultados para organizar y pagar por su cuenta fuerza armada, y hasta para formar entre sí asociaciones y comunidades; es decir, para confederarse los ayuntamientos en el número que lo tengan por conveniente, y para objetos de su exclusivo interés.

Estas medidas, siempre peligrosas en esa forma, si consideramos la ocasión en que se han decretado, más parecen dirigidas a organizar la rebelión que el municipio. Y no se diga que el Gobierno por leyes anteriores estaba obligado a la publicación de este decreto. El art. 108 de la Constitución del Estado, solo a las Cortes Constituyentes concede facultades para reformar el sistema de gobierno de nuestras provincias de Ultramar: la excepción que establece en el artículo, al prevenir que la administración del archipiélago hispano puede reformarse por medio de una ley, deja tan claro el sentido que hace imposible la controversia. Ciertamente la cuarta disposición transitoria de la ley municipal de la Península impone al Gobierno la obligación de aplicarla a la provincia de Puerto Rico: poco respeto manifestar, por cierto, al Código fundamental los que suponen que pueda ser reformado, sin otra solemnidad que la disposición transitoria de una ley; pero aun llegando al extremo de concederles en este la razón, todavía no ha sido respetada la misma disposición que se invoca, puesto que previene que al aplicar la ley municipal a Puerto Rico se arregle al Gobierno al proyecto de Constitución presentado a las Cortes Constituyentes para aquella isla: proyecto que, al fijar las condiciones para adquirir los derechos de elector, exige la de saber leer y escribir o pagar como pesos de contribución: esta condición ha sido sustituida en el decreto vigente, por la de saber leer y escribir o pagar alguna cuota de contribución directa al Estado.

Alteración tan grave en una de las bases más esenciales de toda ley en que interviene el sufragio, burla por completo el precepto de arreglarse al proyecto de Constitución de Puerto Rico, que si para algo se impuso, fué precisamente para lo que no se ha cumplido. El Gobierno, pues, previniéndose de una disposición transitoria de la ley de ayuntamientos de la Península, pone en olvido el precepto constitucional, y después a su vez infringe la misma ley que le sirvió de pretexto para infringir la Constitución. Aparte de la confusión y desorden con que han sido tratados los asuntos, más árduos e importantes de la monarquía, resulta de todo esto que, no forzado por las leyes, sino faltando a su espíritu y letra, ha logrado el Gobierno realizar el programa que, según la opinión de un hombre tan apegado a las cosas de América como el representante de los Estados Unidos, conduciría en término breve a la emancipación de las Antillas.

Rompiendo por todo linaje de inconvenientes, apareció al mismo tiempo el proyecto de abolición inmediata de la esclavitud en Puerto Rico. Esta cuestión provocó una crisis; y antes de que la Corona la hubiese resuelto; antes de que las Cortes hubiesen entendido en el asunto; antes de que la opinión pública en España hubiese podido manifestarse, la parte del Gobierno que estaba resuelta a la abolición inmediata, comenzó por participar su propósito a todos los Gabinetes del mundo.

Proceder insolito e injustificable, cuyos resultados habían de redundar forzosamente en desprestigio del acuerdo definitivo que los poderes públicos tomaran sobre esta materia. ¿Para, por ventura, problemática la respuesta de las naciones extranjeras? ¿Qué duda que habían de contribuir a la abolición inmediata con sus entusiastas aplausos? ¿Apasos tanto más espontáneos en la ocasión presente, cuanto que el daño o el desastre que ocasionara tan precipitada medida había de correr por cuenta exclusiva de España. ¿Aguardaba alguien acaso que ninguna potencia extranjera nos dijese: «hace dos años comenzasteis la abolición: tenéis una guerra: la perturbación de los ingenios puede ocasionar vuestra ruina: mirad por vosotros...» ¿Quién esperaba que diesen esto los extranjeros, cuando no lo dicen los españoles que hoy nos mandan? Pero era necesario buscar auxilios para vencer la resistencia que se había de oponer al proyecto, y temerosos de que acaso no encontrarán bastantes dentro de España, los buscaron fuera: los buscaron allí donde el interés por nuestro porvenir y nuestra vida no había de ser un inconveniente para encontrarlos.

Provocando la expectativa de las naciones, se ha intentado cohibir nuestra libertad: se ha perdido el respeto a nuestra independencia, y se nos exige una resolución en tales condiciones, que si es contraria al proyecto, se ha hecho todo lo posible por que parezca odiosa; si favorable, impuesta. Hay, sin embargo, otros incidentes aun más graves, y que reclaman imperiosamente la atención del país.

Apenas circulaban los primeros rumores de las proyectadas reformas; cuando con sorpresa de todos, (excepto del Gobierno, el presidente de la gran república americana, en el interminable párrafo que en el Mensaje presentado a las Cámaras dedica a los negocios de España, apartándose un tanto de la conciencia que es propia de estos escritos, se extiende en consideraciones que, desgraciadamente, han sido después aceptadas y desenvueltas en discursos pronunciados en nuestro Parlamento. Se muestra sorprendido de que se dilatan las hostilidades en Cuba, sin tener en cuenta cuán fácil es en la intrínseca mancha mantener una apariencia de lucha, que es en realidad lo que allí existe, poniendo en olvido que los mismos Estados Unidos en la Florida, Rusia en el Cáucaso, Francia en África, Inglaterra en la India, todas las naciones, en fin, han sostenido guerras análogas, guerras de larga duración y corta importancia, sin escándalo ni protesta de nadie. Importa la conciencia de que esta contienda está sostenida por la esclavitud, haciendo a los rebeldes un honor que nunca han merecido.

En ninguno de los manifestos que dieron al sublevarse proclamaron el principio de la emancipación: después la han prometido, con el fin indudable de perturbar los ingenios, y solo han logrado demostrar el desprecio que inspiran a los mismos hombres de color, que han preferido ser esclavos al servicio de sus antiguos dueños, a ser libres bajo el mando de tales libertadores. Asegura que nuevas concesiones liberales serían muy adecuadas para restablecer la paz, y seaba profetizando con milagrosa exactitud la conducta que después ha seguido el Gobierno español. Con el nombre de coincidencia se ha querido explicar el hecho funesto de haber sido el Presidente de los Estados Unidos el heraldo de los proyectos que habían de presentarse y se han presentado a nuestras Cámaras. [Tristísima coincidencia por cierto! Ella sola basta, si prevalece,

para aniquilar nuestra fuerza moral en el Nuevo Mundo y para trasladar de Madrid a Washington la dirección y el futuro destino de nuestras provincias de América.

No ha sido más respetuoso con la Constitución y las leyes el proyecto de abolición que el decreto sobre el municipio.

Anula la promesa consignada en el art. 21 de la ley de Julio de 1870, de que no se intentarían nuevas reformas sin la intervención de los representantes de Cuba: en virtud de esta promesa se han creado cuantiosos intereses que van a ser violentamente destruidos; y el art. 14 de la Constitución, según el cual nadie puede ser expropiado de sus bienes sin que previamente se le indemnice, antes queda burlado que cumplido, pues una gran parte de la indemnización que promete la nueva ley, la única que no será ilusoria, han de pagarla los mismos desposeídos.

El olvido de las leyes, el desprecio de tantas consideraciones, al ardor vertiginoso con que se acometen a la vez y en presencia de un enemigo armado reformas sociales y políticas, y se anuncia al mismo tiempo la división del mando civil y el militar, debilitando forzosamente la autoridad en los momentos en que necesita más energía, forman una política monstruosa, que ni puede encontrar en ningún país antecedentes que la apoyen, ni en España motivos de conveniencia pública que la justifiquen. Todo indica, todo persuade que este intencional negocio ha sido tratado a espaldas de la nación, en consejos oscuros, donde no han tenido verdadera representación ni el interés, ni la independencia ni el prestigio de la patria.

En vano se pretende excitar la fantasía y producir una ofuscación suficiente a ocultar el esqueleto de nuestras desdichas, invocando principios generosos que nadie contradice. ¿Quién se opone a la abolición? Nosotros la proclamamos y defendemos, y solo el error o la malicia puede reprocharnos que procuramos hacerla compatible con la integridad de nuestro territorio. La Ley de Julio responde a las necesidades presentes. Ya en Puerto Rico ha dado libertad a diez mil esclavos, según datos oficiales, y a más de cuarenta mil entre procedentes del Estado y de particulares en la isla de Cuba. La nación que amedro de tantos azares tuvo valor de resolver en principio y de empeñar a resolver en la práctica el problema de la emancipación, a nadie es lícito sospechar que en tiempos bonanciosos pueda retroceder en su camino. Nuevos antecedentes en este asunto no autorizan tan indigna sospecha. El recurso de coacción creado por nuestras antiguas leyes, recurso exclusivamente nuestro, según el cual ha podido siempre cualquier esclavo español presentarse al sánculo, su defensor obligado, hacerse tasar y adquirir el derecho de redimirse, mediante el precio: este medio legal, unido a la costumbre de conceder a los esclavos algunas tierras y algún tiempo para que las cultiven por su cuenta, han dejado siempre entre nosotros abierto el camino de la libertad a la economía y el trabajo. Siempre en nuestros dominios una cuarta, y aun una tercera parte, de la gente de color, ha coexistido libre al lado de la esclava en prueba de la eficacia de tales medios.

La testamentificación reconocida por los tribunales a los esclavos, prueba que entre nosotros jamás han sido cosas. Hombres de color han ascendido a los más altos puestos de nuestra milicia sin inspirar protesta ni repugnancia. Estas circunstancias han dado a la esclavitud en España un carácter humanitario y cristiano, que la distingue entre todas las que se han padecido en el mundo. Invocando estos precedentes, no nos será lícito aplicar la ley del 70 con la tranquilidad que un pueblo necesita para ser dueño de sus acciones; con la tranquilidad al menos con que el Brasil, que la ha adoptado después que nosotros, realiza con ella su emancipación, sin que nadie le cohiba y atesigue, a pesar de las circunstancias normales en que se encuentra y de ascender a cerca de millón y medio el número de sus esclavos? No ha de sernos lícito siquiera imitar a Lincoln? Siempre fué su propósito la abolición gradual; lo que resta de siglo ofreció a los negros para verificarla. Apoló a la emancipación inmediata como el recurso más tremendo y doloroso a que podían obligarle los tranques de la guerra: pues a esta medida, que aplicada en contra de sus enemigos, cuando más furiosos la amonaban, pareció a Lincoln dolorosa, al Gobierno español le parece plausible aplicada en contra de nuestros hermanos, cuando con más ahínco nos defendían.

Aunque no estuviese demostrado que la emancipación repentina ha sido siempre tan funesta al esclavo como al dueño; aunque la isla de Santo Domingo y la misma América no fuesen testimonios vivos de tanta tragedia, en el caso presente nos oponíamos con todas nuestras fuerzas a tan infame apresuramiento; porque no hay principio, no hay sentimiento, por noble y levantado que sea, que pueda obligarnos a ofrecerle en holocausto la ruina de la patria, ni hay pueblo tan destituido del instinto de la vida que se preste sumiso a ser materia inerte de tales sacrificios.

Nada afije tanto como el considerar que la cuestión de Cuba toma toda su importancia y gravedad de nuestros propios desastrosos y flaquezas. A nadie asalta el temor, comparando los medios de España y sus rebeldes, de que estos puedan nunca conseguir la victoria por las armas. Es evidente que si un día penetrara en sus ánimos el aterrador convencimiento de que solo por la fuerza podían llegar al logro de sus afanes, no tardarían mucho en abandonar el suelo que devastan o en protestar de su obediencia a la Metrópoli.

La guerra continúa, sin embargo; ¿qué esperan? ¿qué confían? Esperan que la «supervisión o la malicia provocan cuestiones que, llevando la división a las ilas» de los leales, destruyen la imponente unidad de sus esfuerzos: confían en que la diplomacia extranjera suscite inconvenientes, si sorprende un momento de debilidad en nuestro Gobierno; y esperan, sobre todo, que cualquier reforma imprudente en la ley de emancipación paralice la producción y haga imposible la guerra. En busca de tales eficaces recursos se agitan en todas partes sus agentes: hacen la ignorancia; explotan la indiferencia; hacen pactos con la perfidia; invocan la humanidad para facilitar la traición a la patria; gritan a las potencias extranjeras: «Amenazad a España, que parece deseara de tener miedo»; a los reformistas: «resolvad en Puerto Rico el porvenir de Cuba, sin la intervención de Cuba»; inquietad a sus defensores, que permanecen unidos; y gritan insistentes a los intrépidos abolicionistas: «alterad la ley; perturbad los ingenios; matad la producción;



de prisa, de prisa, que el soldado español tiene pan y tiene pólvora.»

Los proyectos iniciados por el Gobierno no darán otro fruto, según resulta de todo lo expuesto, que poner en manos de los rebeldes los recursos morales y políticos que necesitan para robar el prestigio, la confianza, la unidad, el pan y la pólvora.

Conociendo la verdad, al pueblo español toca ahora apelar a cuantos medios legítimos estén a su alcance para impedir que tan poderosos auxiliares lleguen al campo de nuestros enemigos.

Mayor desgracia aún que perder las Antillas, será para España mostrarse digna de haberlas perdido.

Madrid 10 de Enero de 1873.

Por el Centro Hispano-Ultramarino.—El marqués de Manzanares.—José Laureano Sanz.—Francisco Durán y Cuervo.—Eduardo Álvarez Miñaca.—Celestino del Val.—Jesús Martínez.—Francisco X. de Olazá.—Tomás K. García Calamaré.—Braulio de Larrabide.—Antonio González Llorente.

Union liberal.—Antonio Cánovas del Castillo.—Antonio F. Caballero de Rodas.—Pedro Salazar.

Conservadores alfonsinos.—Manuel Gasset.—Eduardo Fernández San Roman.—Juan Bautista Trápita.

Moderados.—Claudio Moyano.—Fernando Álvarez.—Domingo Moreno.

Carlistas.—Conde de Canga Argüelles.—Antonio J. de Villacorta.—Luis Echeverría.

Constitucionales.—Francisco Romero Robledo.—Adalardo López de Ayala.

Por la Grandeza y títulos de Castilla.—Mariano Roca de Togores.—El conde de Castiella de Orgaz.—Marqués de Corbera.

Siguen las firmas de los representantes de los Centro-Hispano-Ultramarinos de provincias, directores de los periódicos adheridos a la Liga Nacional (entre los cuales figuran todos los carlistas) etc., etc.

## PARTE OFICIAL.

La Gaceta de ayer publica dos decretos del ministerio de Ultramar, dejando sin efecto el decreto de 22 de Octubre último, por el que se nombra oficial de la clase de primeros del ministerio de Ultramar a D. Vicente Peset, confirmado en el cargo de gobernador de la provincia de Burgos, y nombrando en comisión para dicha plaza de oficial del referido ministerio a D. Joaquín Rosell.

Por decretos del ministerio de la Guerra que publica la Gaceta de hoy, se promueve al empleo de brigadier del ejército a los coroneles D. Ignacio Villacorta, del regimiento de Asturias, y don Juan Ciriot, del regimiento de infantería de Albuera. Asimismo se concede la gran cruz del Mérito militar al brigadier D. José Arando y Ballester, gobernador militar de la provincia de Lérida, y se nombra ministro togado del Consejo Supremo de la Guerra a D. Víctor Zurita y Arce.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 13 DE ENERO DE 1873.

### ASOCIACION DE MATRIMONIOS

DE POBRES.

Ya que días pasados la Iglesia nuestra madre nos ha recordado la aparición de Nuestro Señor Jesucristo a los judíos y a los gentiles en las personas de los magnates orientales, conducidos a Belén por la estrella maravillosa, vamos a dar conocimiento a nuestros lectores de una obra especial, muy digna de ser conocida, fruto del divino fuego de la caridad, que el Salvador vino a traer a la tierra para que ardiese siempre en el corazón de sus discípulos.

La caridad, la reina de las virtudes, el complemento de la ley, es una virtud esencialmente cristiana, es el signo que el Señor dió a sus discípulos para distinguirse de los infieles, y en efecto, los paganos distinguían a los cristianos por la caridad. En el día del Juicio, en que toda virtud recibirá su recompensa, y todo pecado su castigo, el soberano y rectísimo Juez llamará a sí a los hombres, atendiendo a la caridad de sus obras. La bendición y la maldición eternas no se darán por el talento, por la sabiduría, por la actividad, por la alteza de las obras que se hayan ejecutado, por las muchas que se hayan llevado a cabo, sino por la caridad con que se hayan hecho.

Mas siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, y teniendo necesidades espirituales y corporales, las obras de misericordia destinadas a socorrerlas pueden ser también de dos maneras, según se dirijan inmediatamente al alma o directamente al cuerpo.

Estas obras podrían denominarse parciales, llamando obra de misericordia completa a la que abraza el alma y el cuerpo, socorriendo a entrambos a la vez.

A este género pertenece la asociación fundada hace ya algunos años por el celoso Presbítero D. José María Tenorio y sostenida hasta la hora presente por otros eclesiásticos y seglares piadosos, cuyos nombres no nos atrevemos a publicar para no ofender su modestia.

En las grandes poblaciones hay siempre, y por más que se haga para corregir este mal, una porción de gente infeliz que vejea más bien que vive en una ignorancia casi completa de la religión y de los deberes morales. Guiados solamente por los impulsos de su corazón y por el ejemplo que ven cerca de sí, hacen lo que ven practicar a otros, tan infelices como ellos, y cuando llegan a la juventud se juntan y amanceban, acaso con buena intención, pensando que el ir a casarse en la iglesia es propio de personas más acomodadas y una pura ceremonia.

A la ignorancia suele añadirse la dificultad de hacer las diligencias de curia y buscar los documentos necesarios para formar el expediente matrimonial. Algunas de estas personas han nacido y crecido de una manera que solo Dios conoce; otras muchas han huido de

los pueblos y cortado las relaciones con sus familias, viéndose a Madrid simplemente para ocultar su miseria ó la vergüenza de algún delito ó bien con la esperanza de hallar mejores medios de ganarse la vida. Por todo lo cual la idea de presentarse en la curia eclesiástica y someterse a un examen les espanta; el pensamiento de acudir al pueblo, aunque no sea más que por escrito, para pedir las partidas de bautismo, certificados de soltería, etc., les abruma; y como carecen de dinero para pagar estos gastos, de los que suele formarse un concepto exagerado, y de conocimiento para probar su pobreza, acallan el remordimiento más ó menos vivo de su conciencia excusándose con la miseria en que se encuentran.

Los que no han tratado con esta clase de gente, se figuran que no hay en ella más que malicia ó indiferencia religiosa; sin embargo, cuántas veces sucede que si alguna persona celosa les reprende su mal vivir poniéndoles a la vista la situación anómala en que habian de quedar sus hijos, contestan saltándose los la lágrimas de los ojos: Señor, bien quisieramos casarnos, mas no tenemos dinero ni conocimientos!

Los males que de semejante desorden han de resultar, ¿quién no los adivina? Como si el desorden que lamentamos no fuese en sí mismo un mal demasiado grave, produce todavía una porción de fatales consecuencias que salen de él como las aguas pestilentes de una fuente envenenada. La conciencia de los infelices se embota, la vergüenza que entre sus iguales les obliga a perder del todo, les impide presentarse en la sociedad arreglada, forman a manera de una población aparte, tal vez la envidia y el odio penetran pronto en su alma, sienten con amargura y desesperación la infamia de su estado, y vienen a formar un elemento poderoso y siempre dispuesto para todas las revoluciones anti-sociales.

Pero sobre todo causan lástima los hijos nacidos de tales uniones y en tan desgraciadas circunstancias. Herederos de la ignorancia, del odio y de todas las pasiones de sus padres, no conociendo a la sociedad más que de fuera, mirando a la religión como cosa de los ricos y más afortunados, que no debe temerse de ellos? No habiendo familia, no hay sociedad, y al fin esos hombres sin familia, sin afectos morales, sin temor de Dios, han de ser el instrumento de que Dios se valga para castigar la frialdad de corazón, la pereza y el egoísmo de quienes pudiendo ayudarles, les olvidan y desprecian.

Considerando estas cosas el difunto don José Tenorio, cuyo nombre se encuentra al frente de muchas obras caritativas de Madrid, pensó en fundar una asociación de personas piadosas que se consagrasen a facilitar los casamientos de estas gentes, cuidando de sacarles de cualquiera parte del reino las partidas y documentos necesarios y practicando por los interesados las diligencias indispensables.

Basta conocer el objeto de la Asociación para comprender su excelencia y para amarla con todo afecto, interesándose en su aumento y desarrollo.

La Asociación de matrimonios de pobres necesita, pues, y tiene dos clases de socios: socios activos, que se encarguen de hacer las diligencias que el asunto reclama, bien en la curia eclesiástica de Madrid, bien en las parroquias ya de la corte, ya de los pueblos; y socios suscritores, que contribuyan con algún dinero para los gastos imprescindibles de papel, correo y derechos de oficina de que no se obtenga gratis.

Además, para completar la obra necesita también de socios activos en las provincias para evacuar las diligencias y sacar los documentos que radiquen en sus archivos.

Sobre este punto llamamos la atención de nuestros lectores de fuera de Madrid. Las personas que se ofrecen a coadyuvar a un objeto tan santo como el de que tratamos, inscribiéndose como socios activos en la Asociación, no tienen que hacer otra cosa que estar dispuestos a sacar la partida de bautismo, devidez etc., cuando ocurra que alguno de sus vecinos trasladado a Madrid los necesite, y la Junta de la Asociación se los pida, recibiendo de esta el importe de los gastos, si ellos no pueden sufragarlos. El sacrificio que se imponen es, por consiguiente, muy pequeño, pudiendo suceder que nunca se les pida nada; pero es de grande importancia, porque la Junta, teniendo un correspondiente seguro y enterado, se evita el buscar a quién podrá escribir, el entrar cada vez en largas explicaciones, y las dudas, vacilaciones y pérdida de tiempo que son consiguientes.

La siguiente noticia de las obras practicadas por la Asociación en el tiempo que lleva de existencia, manifestará más su objeto y utilidad.

Hasta fin de 1860 costó	321 casamientos.
En 1861.....	292
En 1862.....	331
En 1863.....	474
En 1864.....	480
En 1865.....	417
En 1866.....	326
En 1867.....	329
En 1868.....	269
En 1869.....	185
En 1870.....	321
En 1871.....	365
Total.....	4.110

Es decir, 4,110 amancebamientos impedidos, 4,110 familias constituidas según manda la Religión y reclama el interés social, que suponen más de 16,000 hijos entrados en el seno de la Religión y de la sociedad honrada.

Para hacer esto la Asociación, ha facilitado a los interesados hasta fin

De 1862.....	429 documentos.
En 1863.....	431
En 1864.....	370
En 1865.....	405
En 1866.....	321
En 1867.....	374
En 1868.....	432
En 1869.....	343
En 1870.....	749
En 1871.....	805

Total..... 4.659

La libertad de cultos y la ley de barragánia ó de matrimonio civil han hecho más necesarias esta y otras semejantes instituciones.

Seria sin duda de grande utilidad que la Asociación tuviese muchos socios activos y suscritores en Madrid y en provincias, para dar un mayor desarrollo a sus trabajos; y todavía seria mejor que estableciesen en todas las grandes poblaciones de España, formase una grande y general sociedad piadosa que ayudándose de una a otra parte, estuviese en todos los lugares dispuesta a facilitar los casamientos de los pobres.

Aunque tenemos encargo de no citar ningún nombre propio, no podemos menos de decir a las personas que con esta excitación se muevan a entrar en la piadosa sociedad, ó a auxiliarla, que se dirijan al presidente, don Ramon Escudero Saez, Presbítero, ó al reverendo Cura Párruco de San Martín de esta corte, que es su vicepresidente.

Los reyes magos fueron a Belén a adorar a Jesús; nosotros debemos buscarlo en la persona de los pobres, y lo hallaremos si nos guía la estrella de la caridad.

### REPRESALIAS.

Repetidas veces hemos dicho que la conducta de los liberales había de dar a la guerra un horrible carácter. Hemos citado é insertado noticia de mil hechos y numerosos documentos relativos a los vandálicos atropellos cometidos por los amigos y tropas del Gobierno, y eso que nuestro carácter y nuestra posición nos impiden casi siempre, por razones fáciles de comprender, consignar al pormenor ciertas cosas y nos obligan a callar, para evitar disgustos y venganzas, nombres de pueblos y de personas, de jefes y de autoridades del Gobierno.

El Imparcial de hoy nos dice lo siguiente: «Ayer entró en Anoeta (Guipúzcoa), la partida mandada por el Cura Santa Cruz, y asesino bárbaramente al alcalde de aquel punto, por haberse negado a las pretensiones de los carlistas.

Instantemente que se tuvo noticia de este lamentable suceso, los voluntarios de San Sebastián y de Tolosa solicitaron del gobernador el permiso para batir la referida partida, siendo estos últimos los que se dirigieron a Anoeta, y regresaron conduciendo presos al rector de este punto, a su hermano y al conductor.

Al llegar a Tolosa los recibió un inmenso gentío que pedía a los voluntarios las cabezas de los presos.

La irritación fué creciendo a medida que se notaba el desprecio con que aquellos miraban a las gentes, y llegó un momento en que completamente desbordados los vecinos se lanzaron sobre ellos, hiriendo gravemente al rector, que falleció a los pocos momentos, a su hermano que ofreció pocas esperanzas de vida, y al conductor, si bien a este levemente.

El desgraciado alcalde era persona de bellísimos antecedentes, muy respetable y muy respetada de cuantos tenían el gusto de tratarle, y el único vecino de Anoeta adicto al actual orden de cosas.

Ignoramos de todo punto si es cierto el fusilamiento del desgraciado alcalde, y caso que lo sea, las razones que han ocasionado este triste suceso: queremos conceder que haya habido en él todo lo horrible que el Imparcial quiera; queremos conceder que una partida cometa atropellos, todos los que quiera el Imparcial; pero ¿cómo calificar a los voluntarios de San Sebastián y de Tolosa, que por autoridad propia y como única proeza de su expedición, apresaron y se llevaron a los tres desgraciados de Anoeta, víctimas inocentes, sacrificados al furor de la canalla? ¿Qué tenían que ver estos con el fusilamiento del alcalde? ¿Qué decir de un gobernador, de unas autoridades y de una fuerza armada que no puede proteger la vida de unos presos? ¿Para qué llevaban armas esos voluntarios? ¿Cómo no salvaron la vida de los asesinados?

Este horrible crimen ha borrado el fusilamiento del alcalde de Anoeta? Servirá para que los carlistas obran más blandamente y echen al olvido las leyes severas de la guerra? ¿Y la bárbarie cometida en las calles de Tolosa, no encuentra sino palabras de justificación en el periódico que la cuenta?

Quizá se apele a estos medios para sofocar la insurrección, y se trate así de satisfacer las exigencias de D. Amadeo y de consolidar el poder de Ruiz Zorrilla; pero desconocen el carácter español quienes tan menguada idea forman de él. Ya se ha emprendido hace pocos días la campaña de la difamación contra nuestros amigos; se les han atribuido multitud de crímenes para hacerlos odiosos; y si bien es cierto que no se nos han dado las pruebas que de ellos tenemos pedidas, no es extraño ver rectificaciones como la siguiente, que leemos hoy en el Irurac-bat de Bilbao:

«Los Sres. Galdiz, de Ez, nos suplican rectifiquemos que el cabecilla Goiriena no les exigió a ellos ni a ningún particular, al presentarse en la expresada Puebla, cantidad alguna, y si lo hizo de los 20,000 rs. al municipio, según consta del recibo que obra en poder del síndico. Hacemos con gusto la rectificación, pero diremos también que se nos comunicó la noticia por conducto autorizado.»

El Irurac-bat rectifica también un supuesto robo cometido en la persona de un francés por una partida. Pero de la calumnia algo queda.

Recordé, porque importa, que actos de

género del que hoy cuenta el Imparcial, atentados semejantes, que horrores parecidos, fueron origen del gran aumento de los ejércitos carlistas durante la guerra de los siete años, y de la crueldad con que se hizo en los primeros tiempos.

### SUBLEVACION CARLISTA.

El Sr. Moriones ha llegado a Pamplona, donde espera que se reúnan todas las tropas que se envían a aquel territorio, con el fin de proceder a la organización de divisiones y brigadas, y preparar el plan de campaña.

Según el Imparcial, el total de las tropas que habrá en las Provincias Vascongadas y Navarra, incluyendo las guarniciones, será de unos 14,000 hombres. La Correspondencia niega que el Sr. Moriones haya fijado plaza para terminar la guerra; pero dice que espera concluir pronto. Lo mismo esperaba Baldrich y Gaminda.

Acompañado de cinco compañías de infantería, ha llegado a Logroño el Sr. Primo de Rivera. El parque de ingenieros ha sido conducido a Alsasua por una columna de carabineros.

Anuncian los periódicos oficiosos que en las cercanías de Mondivil se encontraba anteayer la partida Rada, fuerte de 180 hombres y varios caballos, disponiéndose a racionarse y tomar algunos fondos de los pueblos comarcanos.

La partida de Hermoso de Mendoza, entró anteayer en Beire y Pitillas, y se llevó los fondos que en ellos encontró y al jefe de la estación de este último pueblo. La partida de Aranza entró en Echarrí Aranzaz y se llevó 3,000 reales.

La Correspondencia dice que los carlistas que días pasados entraron en Estella, recorrieron despues, según cartas de aquel punto, las principales villas de la ribera del Ebro, llevándose el dinero y caballos que han quedado. El mismo periódico cuenta que Ollo tiene a sus órdenes una fuerza de 700 infantes y 80 caballos; que las partidas de Gripióza van armadas de carabinas giratorias, y que el Sr. Moriones establecerá, por ahora, su cuartel general en las cercanías de Alsasua.

En Vizcaya van engrosando las partidas, de las cuales no es todavía posible dar cuenta exacta, porque se dividen y subdividen con frecuencia. Los periódicos locales dicen que los carlistas tienen perfectamente montado el sistema de espionaje y policía.

El capitán general de Vizcaya, D. Eulogio González, ha salido para su destino.

A pesar de los rimbombantes partes de la Gaceta, confiesa el Tiempo que cada vez son más alarmantes las noticias relativas al aumento que las partidas carlistas van adquiriendo en la provincia de Tarragona y en el Maestrazgo, y que es general la creencia de que el general Gaminda no consigue la pacificación de aquel país, que reclama esfuerzos de cuantía por parte del Gobierno.

Confirmando estas apreciaciones, se anticipa que los carlistas han entrado en Trempe, desarmando a los voluntarios, y que despues del combate de Penarroya, se le han unido a Cúcala en los barrancos de la Tiniezza (Maestrazgo), 700 hombres, con los cuales y la demás fuerza de su mando se ha dirigido a Cati. No sabemos si este importante refuerzo que, por confesión de los periódicos oficiosos, ha recibido Cúcala, lo compondrá alguna columna carlista que, procedente de Tarragona, haya pasado el Ebro, ó será gente del Maestrazgo que ahora se subleva.

La partida de Borras, fuerte de 70 hombres, según La Correspondencia, se ha dirigido a Zurita, distrito de Valencia, desde Aguaviva. En Fontanarjé (Extremadura), se ha presentado otra partida carlista, contra la cual han salido fuerzas del ejército de Puebla de Don Rodrigo.

### La Gaceta decía ayer:

«Provincias Vascongadas y Navarra.—Una columna al mando del gobernador de Vizcaya alcanzó y batió ayer en Orozco a la partida carlista de Cecilio del Campo, cogiéndole ocho prisioneros, uno de ellos gravemente herido; siete armas, fusiles y municiones, dos caballos y la mula que montaba dicho cabecilla.

La columna del comandante capitán de carabineros D. Demetrio Solís batió también en Bureña a la facción de Bonifacio Gomez, la cual se pronunció en dispersión, dejando en poder de las tropas un prisionero herido y tres caballos.

Las facciones Goiriena y Cuatrecin fueron batidas en Echaguen por las fuerzas del coronel Goday, causándose un muerto, y teniendo las tropas un contuso.

En el resto de la Península no ha ocurrido ninguna novedad extraordinaria.

Hoy dice:

«Vascongadas y Navarra.—Alcanzada anteayer la partida carlista de Soroceta en las alturas de la Peña llamada Galza Arrieta por fuerzas reunidas de carabineros de Navarra, al mando del comandante Ramirez, y de miqueletes al de Arana, fué batida y dispersada, habiéndosele causado dos muertos y varios heridos; se le cogieron algunas armas y municiones. Ayer a las seis de la tarde volvió a ser estrechada y batida dicha facción en la Peña de Aya, ignorándose todavía los detalles del encuentro.

Cataluña.—Las noticias acerca del encuentro que tuvo lugar el día 10 en las inmediaciones de Mera con las facciones de Saballs, Huguier y Frigola, manifiestan que la dispersión fué grande; que se les causaron ocho muertos, entre ellos el cabecilla Frigola, cuyo cadáver fué enterrado en Mera, y multitud de heridos, que se vieron retirados, quedando en poder de las tropas seis prisioneros, dos caballos, fusiles, carabinas y efectos de guerra. Las tropas tuvieron 10 heridos, dos de ellos graves.

En el resto de la Península no ha ocurrido ninguna novedad extraordinaria.

Para comentar la Gaceta, no hay como tener noticias de los lugares de que habla. Un periódico bilbaíno, refiriéndose al choque ocurrido en Orozco, dice:

«La partida de Cecilio del Campo tuvo ayer tarde un pequeño encuentro con las fuerzas de la guardia civil y foral, en las Encarnaciones, y esta mañana, despues de haber resasado la línea de las tropas que le perseguían, se ha dirigido hacia el valle de Godejuela.

Bonifacio Gomez, al frente de unos 60 hombres, se halla en el valle de Carranza reclutando gente.

Otro periódico de Bilbao dice que «se cambiaron algunos tiros,» y no habla de prisioneros.

Respecto al encuentro de Saballs con Ca-

brinet, no podrá haber sucedido lo que otras muchas veces, en que la Gaceta ha dado por venido a Saballs y ha sido Cabrietti derrotado?

Nada dice la Gaceta de la muerte del general Castell, de que hablan algunos periódicos liberales. Confiamos en que la triste noticia no resultará cierta.

Tampoco ha venido hoy, ni vino ayer, más correo de Cataluña que el de Tarragona. En los periódicos de esta provincia encontramos las siguientes noticias:

«A la partida que manda Basquetas, la cual estuvo en Vilaplana anteayer, se unió un joven de dicho pueblo que se hallaba acogido a indulto.

—Dice un colega que por la capitania general del Principado se han destinado 4,000 armas para repartirlas entre los pueblos de esta provincia que las soliciten.

—De Alforja salieron el lunes cuatro jóvenes a incorporarse a las partidas carlistas, y de Ruedecols seis.

En el diario republicano de Reus leemos:

«Parece que los carlistas que rodean a esta ciudad, ocultos en los barrancos, son en número de 800. Los manda Vallés. Parte de esta fuerza, había pernoctado en el pueblo de la Selva.

—Los carlistas rompieron anoche el aparato telegráfico de la estación del ferro-carril en Villaseca, sin tocar los hilos, ni derribar postes. El tren de las nueve de la noche, procedente de Tarragona, no fué detenido, ni los viajeros vieron carlista alguno en la Estación.

—Sobre las diez de la noche, desde las alturas de esta ciudad por la parte de Villaseca, se oyeron algunos disparos. Se cree que la lucha continuó en aquel pueblo liberal, y digno de mejor suerte.

—Ha resultado cierta la noticia que dábamos ayer, de haber entrado en la ciudad de Gandesa la partida carlista de Ferré, Cúcala y Piñol. Exigieron 200 duros de contribución, abrieron la cárcel, poniendo en libertad a 20 presos y dejando a ocho a quienes se instruye causa criminal por delitos graves; quemaron los libros del registro civil y el árbol de la libertad; é hicieron padazos el retrato de D. Amadeo.

Lo que no sabemos explicarnos, es por qué los voluntarios, que son, según creemos, en número de 100, abandonaron la población, sin oponer la menor resistencia.

Según escriben al Diario de Avisos de Zaragoza, en Gandesa se unieron a los carlistas D. Miguel Laporta y doce ó catorce individuos más.

La carta termina diciendo: «El cabecilla jefe principal de toda la partida es Ferré, y el segundo Cúcala.

Han estado atentos con las autoridades local y judicial, y según ellos, esperan que de Oretas, Horta y otros pueblos, se les unan numerosos partidarios.

¿Serán estos los 700 hombres que dice La Correspondencia se han unido a Cúcala?

El Imparcial da las siguientes noticias:

«Ayer salió de Burgos una compañía del batallón cazadores de Barbastró, conduciendo quinientos para el regimiento de San Quintín, que está en las Vascongadas.

—A Cúcala le quedan 700 hombres desmoralizados y rendidos por el cansancio y las privaciones. Reunidos en los barrancos de Tiniezza, marcharon anteayer sin un momento de descanso y ayer debieron encontrarse en las cercanías de Cati.

—Un periódico de noticias ha dicho que se van a organizar en Madrid tres batallones de tiradores de francos: posible es que esto suceda, aunque nada hay resuelto todavía; pero lo que si podemos asegurar es que la organización de dichos batallones, si se lleva a efecto, diferirá mucho de la que tuvo el último cuerpo de tiradores, hace poco tiempo disuelto, y que tendrá por base sacar sus jefes, oficiales y clases de los cuadros de reservas.

—El gobernador militar de Vizcaya ha salido para las Encarnaciones con objeto de operar contra los dispersos de la facción que manda D. Cecilio Campos.

—Anteayer quedó interrumpida la vía férrea de Navarra y línea telegráfica, así como también la del Gobierno. Una hora despues quedaron habilitadas las primeras, pero la línea del Estado no estaria reconvertida sino en todo el día de ayer.

—Ayer no se recibieron noticias de Estella, sin duda por efecto del estado de la vía telegráfica.

—El viernes fué aprehendido en Reus un carro con 33 carabinas acompañadas de sus bayonetas y porta-fusiles con destino a los carlistas, y se encontraron en una casa de la calle de San Pablo diez fardos de armas de fuego de varias clases.

El Diario de Zaragoza dice que el ataque de Penarroya fué una sorpresa, y que los carlistas de Cúcala tuvieron 16 muertos. La Gaceta decía que 32. Aquel periódico añade que la tropa tuvo ocho muertos.

Según Las Provincias de Valencia, el Charro estuvo el jueves último con su partida en Adzaneta del Maestre y Usarar por la parte de Lucena, y en la sierra de Espadán vagaban el Barrero, que el 7 estuvo en Alcuña de Vea, y un joven llamado Vea, que el día anterior penetró en Ayodad y Villamarclut reclutando gente.

En Castellón se aseguraba que habiendo ordenado el general Velarde que los pueblos facilitaran a los soldados de las columnas ración de 16 onzas de carne y un cuartillo de vino, se había presentado al gobernador civil de la provincia el alcalde de Morella, quejándose de este proceder y del gravamen que se impone con él a los vecinos de las poblaciones.

En el mismo periódico leemos: «De Cataluña nos faltan los correos de lunes, martes, miércoles, jueves y viernes, de suerte que apenas tenemos noticias del principado. Ayer salió por mar el correo de Valencia para aquella parte de la Península; y según noticias, no saldrá otro hasta que se tenga facilidad de remitirlo en un vapor mercante, pues solo esta clase de buques prestan dicho servicio. El otro día ya manifestamos las quejas que teníamos respecto al correo de Cataluña, las cuales son cada día más apremiantes, porque en verdad, no es conveniente ni justo que el interesante servicio de la correspondencia pública quede sujeto a las contingencias del mayor ó menor número de vapores mercantes que hagan servicio entre Valencia y Barcelona.»

Escriben de Liria, a fecha 6, a La Unidad de Oviedo, dando cuenta de un choque favorable de Rosas con los amadeístas. La carta dice: «Rosas, con sus batallas, etc.



«Rosas queda en el congreso de Aller tranquilo, y ocupando las posiciones que tenía el primer día. Hoy es completamente dueño de dicho congreso, y según versiones verídicas, las fuerzas del italiano se intimidan ante su presencia hasta tal punto, que ayer por la tarde dos tiros disparados por los carlistas bastaron para intimidar a los italianos alojados en esta villa.

Se conjetura la muerte de un carabino y de algunos heridos; se que dieron de palos a todo el mundo que encontraban, rompiendo brazos y cabezas, que quemaron varias cabañas de monte, y que los vecinos de dicho congreso están dispuestos a salir a someter, si presencian hechos análogos.

#### Dice La Política:

«Un teniente general, de los más identificados con la situación, ha entregado hoy al presidente del Consejo de ministros una carta de persona del Consejo de Tarragona, en que se pinta con los más negros colores la situación de Cataluña, casi toda ella dominada por las facciones, y tan envanecidas estas, que casi siempre son ellas las que presentan la batalla a nuestras tropas, ora saliendo al encuentro en puntos estratégicos, ora esperándonos en pueblos importantes, que no abandonan sino después de haber sostenido una lucha ventajosa con las fuerzas del Gobierno.

El Sr. Fiol, recién llegado de Barcelona, parece que ha dado iguales informes al Sr. Ruiz Zorrilla, describiéndole exactamente la triste situación en que se hallan las autoridades militares del Principado, casi cercadas y sin poder salir de las poblaciones en que residen.»

Según noticias de Alcoy, la mayor parte de los quintos de aquella ciudad han marchado a reunirse con Cuchal.

La Igualdad publica un telegrama dando cuenta de la entrada de los carlistas en Tremp. La partida que atacó al pueblo fué la de Camats. Los voluntarios de la libertad de Tremp son 80, pero muchos estaban fuera del pueblo: los que se defendieron fueron desarmados y los carlistas se apoderaron también de las armas de los demás.

#### Leemos en el *Irurac-bat* de Bilbao:

«Se ha incendiado un depósito de pólvora que tenían los carlistas en las afueras de Vitoria, aprehendiéndose en la misma casa, por los dependientes de la autoridad, cinco mil cartuchos.

«El cabecilla Bernasola, con cuarenta más, ha exigido cien raciones en Lizarra y Barambio.

«En la frontera francesa han sido detenidos cien bultos con uniformes para los carlistas.

«Según hemos oído, el Gobierno, a instancia del cónsul inglés, quiere mandar a la ría un buque de guerra para proteger los intereses y personas de los súbditos británicos. A la vez tendrá por objeto servir de pontón a los prisioneros carlistas.»

#### Nos escriben de Navarra:

«Hoy, según le prometía, voy a dar a Vd. los pormenores de lo ocurrido en el combate del 5. El brigadier Catalán salió de Salinas de Oro a las ocho y media de la mañana del día 5, y encontrando a Navascués con su columna en el puente de Návay, dió a este orden de ocupar el punto que él abandonaba mientras con sus fuerzas llegaba a Puente la Reina con el objeto de impedir que la partida Olla, que estaba en Arguñaniz, bajase a cobrar la contribución a dicha villa, advirtiéndole (a Navascués) que tuviera un poquito de cuidado al entrar en Salinas, en donde habría una partida de 10 a 12 hombres.

Entre tanto, conocida ya la dirección de Catalán, el general Olla, con la fuerza de su mando, después de comer en Arguñaniz, pasó a Salinas de Oro, en donde se hallaba tranquilamente alojado, cuando recibió aviso de que el coronel Navascués se hallaba a medio cuarto de hora del pueblo. Bien podían los carlistas haberse hecho fuertes en las calles y en las casas, y no ser por hechos inculcables que podrían sobrevenir a un vecindario; esta consideración les obligó a desalojar el pueblo para ir a ocupar las bonitas posiciones que les ofrecían las alturas que por la parte del Este dominan el pueblo y parte de la carretera.

Los primeros carlistas que tomaron el alto rompieron el fuego contra los amadeístas, que desorientados con tan brusco como inesperado recibimiento (pues que también ignoraban completamente que Olla se hallaba en Salinas), corrieron unos a parapetarse en las acacias de los huertos, mientras los otros se precipitaron dentro del pueblo para guarecerse de la lluvia de balas que les caía.

Con el fin de evitar un descalabro completo, dió Navascués la orden de adelantarse a la artillería, y en efecto, se adelantó la caballería (tal era el desconcierto que reinaba), pero con tanta mala suerte que a la tercera descarga de los carlistas hubieron de retirarse camino de Muniain, dejando a la entrada del pueblo un muerto y otro gravemente herido. Entre tanto, la tropa se disponía en gran parte por las calles, rompiendo a cañotazos las puertas y fusilando las ventanas que veían abiertas y las que estaban cerradas, hasta que llegando al abrigo de las casas, al cementerio y ermita de San Pedro que se hallan en la parte alta del pueblo, conocieron la inutilidad de sus esfuerzos para desalojar a los carlistas y se volvieron al pueblo. Los nuestros, a su vez, entrados la noche, se fueron a dormir a Munariz.

El resultado de la acción fué de parte de los carlistas cinco heridos muy leves. De parte de los extranjerizados, tres muertos, confesados por la tropa, y siete heridos muy graves; de ellos dos tienen el brazo destruido, tres atravesado el pecho de balazo, y otros dos que han dejado en Salinas, y habrán probablemente fallecido, pues anteayer se confesaron y recibieron el Santo Vático. Estos tienen la herida el uno por la sien derecha y el otro por entre las dos cejas, saliendo la bala por debajo de la barba.

Aquí, como casi en todas partes, la soldadesca ha cometido las hazañas que tal contraste forman con el noble comportamiento de los legitimistas, y a tropel de todo género.

Por si la *Gaceta* quiere embalsamarnos con su acostumbrado mentir, bueno es que sepa V. que muy adelantado el día 6 se atrevió la tropa a reconocer el campo, y se encontró... ¡pámenes usted! una cabaña de fusil viejo y una lanza y un caballo que habían quedado en el pueblo. También tuvo la tropa un mulo de artillería muerto y dos caballos heridos, y otros dos caballos levemente heridos los carlistas. Las fuerzas de Navascués consistían en cuatro compañías de la Princesa, tres de Sevilla, dos de carabineros, 25 guardias civiles, una seccion de caballería y la artillería.

El día 6 por la noche volvieron al pueblo los carlistas, cuyos practicantes hicieron la cura a los heridos amadeístas, (el de caballería y el de infantería), que en la visita que los hizo Périola el día 7 recordaban con placer los buenos servicios de nuestros bravos, y pedían a Dios les pagase la caridad que hacían con ellos, pues los suyos, al parecer, ni aun les limpiaron la sangre congejada que cubría sus ojos.

Esta es, señor director, la verdad de los hechos, que puede V. publicar a la faz del mundo

sia tener de ser desmentido en ninguno de los días. Los soldados legitimistas se baten con un valor y una decisión superior a todo elogio, según relación de sus jefes.

Suyo, atento servidor Q. B. S. M.

El de el valle de Nizabre

P. D.—Al general Olla le rompió una bala la espada en dos pedazos.

En el momento de ir a cerrar la carta oigo publicar al pregonero el terrorífico bando de que llega Moriones con el batallón de infantería, dos escuadrones de caballería, ingenieros y artillería. ¡Pobres habitantes de la diputación! también se publica el anuncio de la diputación llamando a los que quieren alistarse en el cuerpo franco que va a crearse con 12, 10 y 8 rs. respectivamente al sargento primero, al segundo y al soldado.

Hoy día 9 de Enero de 1873.

Como verán nuestros lectores, hoy dedicamos una buena parte de las columnas de nuestro periódico al manifiesto de la *Liga Nacional* para la defensa de la integridad del territorio. Las tristes circunstancias en que se publica tal documento no son a propósito para que fijemos la atención en su forma literaria. Baste, pues, decir en cuanto a ella, que corresponde a la fama de su autor el señor Ayala.

En cuanto al fondo del escrito, que es lo que más interesa, nuestros lectores echarán de ver en seguida que la parte sustancial está en la protesta que implícitamente contiene, en el llamamiento al país para que acuda a todos los medios legítimos, que estén a su alcance para impedir que se consuma la obra de perdición que todos presentimos. En la exposición de hechos figuran indicaciones gravísimas, algunas no conocidas generalmente, y otras que acaso no se tenían bien presentes y que en todo caso ganan grandísima autoridad cuando se presentan hechas por un ex-ministro de Ultramar. Importa, en efecto, muchísimo no olvidar que según el representante de los Estados Unidos en Madrid, ha habido, durante el período revolucionario, un hombre público dispuesto a entablar negociaciones para la cesión de Cuba. No se cita al hombre público a quien se alude; pero dados ciertos antecedentes, bien se comprende quien fuera. Importa que se recuerde otra comunicación del Sr. Sickles, en que daba cuenta de una conferencia que había celebrado con uno de los actuales ministros; importa tener presentes las seguridades dadas a los cubanos por el Sr. Gasset y confirmadas por el Sr. Ruiz Zorrilla, y recordando todo esto y sabiendo el interés que el Gobierno de los Estados Unidos muestra en las reformas ultramarinas, quedan justificadas las indicaciones que se hacen en el manifiesto en vista de la premura con que inopinadamente se ha abordado la cuestión de reformas cuando tantas otras parecía que debían tener agobiado al Gobierno y absorber su atención.

En el terreno de las apreciaciones, el señor Ayala ha debido tener en cuenta al redactar el manifiesto la diversa representación política de los hombres reunidos en la Junta directiva de *La Liga*. Fácilmente se comprende que cada partido de los representantes en *La Liga* tiene por punto general su manera especial de juzgar la cuestión de gobierno de las Antillas, causas que han producido la insurrección y manera de resolver las cuestiones allí pendientes. Por eso era imposible que una reunión de elementos tan heterogéneos presentara proyecto alguno en contra de los del Gobierno, como pretendía el Sr. Topete, y por eso el Sr. Ayala ha tenido que limitarse en la parte histórica, a la indicación de los hechos. Llamados los representantes del partido carlista a hacer por sí solos, y con el criterio de nuestros principios, un manifiesto acerca de la cuestión de Ultramar, claro es que su obra hubiera sido distinta de la del Sr. Ayala.

Alguna cosa se hubiera modificado, y otras quizá se hubieran ampliado; pero la *Liga* representa la unión de todos los españoles que persiguen un fin común, cual es salvar las Antillas del inminente peligro en que las pone la conducta desastrosa del Gobierno radical. Como dijimos días pasados, los carlistas que están en la *Liga*, oficialmente autorizados por quien puede hacerlo, han entrado en ella llenos de buena fe, y nadie ha de ir más adelante que ellos en el propósito de hacer eficaz la acción de la *Liga*, y no poner por tanto obstáculos al bien que de ella puede resultar para nuestros hermanos de Ultramar.

Mientras quedan a salvo los principios y la dignidad de la bandera que representan, los carlistas no opondrán obstáculos, y nadie irá delante de ellos en punto a patriotismo y en pruebas de amor a las Antillas. Ningún partido tiene tanta repugnancia como el carlista a unirse a otros partidos, por lo mismo que es el que menos tiene de común con ellos; pero los carlistas saben vencer su repugnancia, cuando altísimos intereses lo exigen. Hoy era menester hacer una protesta contra las malhadadas reformas ultramarinas; era menester apelar al país, y los carlistas no han tenido inconveniente en unirse a hombres de diferentes opiniones, para cooperar a ese fin, que es el esencial del manifiesto.

¡Quiera Dios que el energético lenguaje de este documento produzca en el ánimo de cuantos le lean el efecto apetecido! Apartemos de nosotros la desgracia, como dice el Sr. Ayala, de mostrarnos dignos de perder las Antillas. Siempre que España ha querido ha encontrado medios legítimos de defender la independencia y la integridad de la patria. ¡Nos faltarán ahora fuerzas para imitar la conducta de nuestros padres?

Ayer tarde tuvo lugar la manifestación promovida por la Tertulia progresista de acuerdo con el Gobierno, en pró de las reformas de Ultramar, manifestación para la cual, según en nuestro número del sábado dijimos, se habían hecho grandes preparativos, dirigiéndose apremiantes excitaciones a los empleados del ayuntamiento y de algunas otras dependencias, con objeto de que se presentasen a hacer bulo y aumentar el número de los radicales que desean llevar a las Antillas las leyes y los abusos que tienen perdida a España.

A pesar de todos estos preparativos y de algunos más que no son del caso, la manifestación ha sido muy poco numerosa, pues los que mayor número la conceden aseguran que no pasarán de tres mil los manifestan-

tes, habiendo alguno que lo fija en mil quinientos solamente. Lo obvio es que el número de manifestantes se redujo a la mitad. Abrieron la marcha varios pendones de la sociedad abolicionista, de los periódicos radicales y republicanos *La Tertulia*, *La Nueva España* y *La Discusión*, llevando a su alrededor a las respectivas redacciones y un grupo de personas de su comunión política; uno de los pendones era llevado por un negro, y solo se leía en él el nombre de *Luz*, siguiendo después todos los manifestantes presididos por los Sres. Carmona, Salmerón y Llano y Peris.

Amesaban la función cinco músicas, colocadas de trecho en trecho, las cuales, al pasar por delante de la casa del Sr. Sagasta, como obediendo a una consigna, empezaron todas a tocar el *Trágalas*.

Al volver la manifestación al punto de su partida, los Sres. Labra, Salmerón, Rodríguez, Sorri y otros, haciendo tribuna de un coche allí situado, pronunciaron sendos discursos sobre el tema obligado de que ellos solos son los amigos de los negros, y que son esos negros los que no quieren que la esclavitud desaparezca instantáneamente, en daño de los blancos, cuando, procediendo gradualmente, puede desaparecer, sin perjuicio de nadie, dentro de poco tiempo.

Según refieren a *La Epoca* en una carta de Málaga, en aquella ciudad había sido detenido el Sr. Piédrola de resultados de haberse sorprendido en el correo una carta que, procedente de Burdeos, iba destinada a dicho señor, con el membrete: «Secretaría de la campaña de D. Carlos». El Sr. Piédrola fue luego puesto en libertad por haber declarado que era completamente extraño a tal carta. Ignoramos qué haya de verdad en tal noticia, y bien pudiera ser que alguno se entretuviera en falsificar cartas para dar disgusto a ciertas personas.

Otra carta por el estilo, según *El Puente de Alcolea*, parece que fué la que motivó en Sevilla la detención de D. Joaquín Goyanetes y el registro de la casa-habitación del señor marqués de Esquivel, la de D. Francisco Pagés del Carro, la de D. Benigno Pego y la de algunas otras personas menos conocidas.

Anteayer se celebraron dos Consejos de ministros: el primero de ellos con asistencia de D. Amadeo; en el que se trató de las medidas propuestas para acabar con la insurrección carlista y de asuntos económicos. Acabado este, quedó el general Córdova explicando a D. Amadeo el estado de la insurrección, los movimientos de las tropas, los planes de campaña, etc. Los periódicos ministeriales no dicen si el general Córdova estuvo elocuente en esta tarea y si su señor estuvo a la altura de la explicación.

Después se fué el ministro citado a reunirse con sus compañeros que celebraban el segundo Consejo, cuyos asuntos debían ser importantes, pues se llamó con urgencia al señor Becerra que estaba al lado de su esposa, que está enferma y con un brazo fracturado. Este Consejo duró muchas horas.

Varios periódicos indican que D. Amadeo se mostró quejoso de no haber cumplido el Gobierno las promesas de acabar pronto con la insurrección carlista, cada vez más imponente. Ruiz Zorrilla pidió un nuevo plazo para llevar a efecto su promesa; pero hay quien supone que la dureza con que en este punto se expresó D. Amadeo es parte de alguna trama que termine llamando al poder a los conservadores.

Según anunciamos en la última hora de nuestro número del sábado, los hombres más importantes del partido conservador, entre los cuales se cuentan los Sres. duque de la Torre, Sagasta y otros, han desaprobado terminantemente la conducta seguida por los Sres. Topete y Balaguer al negarse a firmar el manifiesto que los individuos de la *Liga Nacional* han dirigido a la nación y que nuestros lectores pueden ver en otro lugar.

Con este motivo, dícese que muy en breve se reunirá la Junta directiva del partido conservador de la revolución, para decidir si los Sres. Ayala, Romero Robledo, general Sanz y Santos, han correspondido a la confianza que en ellos ha depositado el partido, declaración que envuelve necesariamente la condenación de la conducta de los Sres. Topete y Balaguer, que con este acto quedan desautorizados.

Estos han sido tan poco afortunados, que hasta *El Gobierno*, que había sido hasta aquí su representante en la prensa, ha aceptado el manifiesto, el cual ha sido firmado por su director el Sr. Ferreras.

Los periódicos franceses publican el siguiente despacho telegráfico, que debió leerse ayer en la manifestación de los radicales, para mayor carácter de la cosa:

«New-York, 10 de Enero.—M. Fish envió el 29 de Octubre al general Sickles un despacho conteniendo vivas amonestaciones con motivo de la infructuosa tentativa de España para obtener la abolición de la esclavitud.

América, dice M. Fish, no puede quedar indiferente en esta situación. Permiendo España que las órdenes dadas sean violadas de continuo, reconoce su impotencia para vencer la insurrección. Es difícil a los Estados Unidos el guardar la neutralidad, pero su paciencia se acaba cuando no se cumplen las promesas hechas por España.»

Hé aquí en qué términos refieren a *La Epoca* lo ocurrido en Málaga con el Sr. Piédrola:

«Parece que el señor presidente del Consejo de ministros, ministro de la Gobernación, telegráfico al señor gobernador de provincia diciéndole: «De Burdeos va una carta para D. Manuel Piédrola, detenga V. su curso, y al referido sujeto.» En efecto, según se dice, llegó la tal carta, y el gobernador llamó al juez del distrito más antiguo y le encargó la comisión para verificar la apertura a su presencia.

Tanto el juez como el gobernador tuvieron con el Sr. D. Manuel Piédrola todas las consideraciones a que es acreedor persona tan respetabilísima en Málaga, tan simpática y tan digna. Púsosele, según aseguran, la carta en la mano, y se le preguntó si venía dirigida a él, y contestó afirmativamente. Abrísele, y sólo era un sobre; dentro venía otra carta con el siguiente lema:

Para quien la busque.

La autoridad, dicen, preguntó al Sr. Piédrola

que si sabía quién le dirigía aquella carta, y por qué, y contestó: Que no sabía quién la dirigía;

que siendo persona muy conocida é incapaz de abusar de una correspondencia, se la habrían dirigido en la seguridad de que no abría la carta jamás. Y que haría Vd. con ella? dicen que le preguntaron. Conservarla hasta que se me presentase uno, me diese las señas y dijese que buscaba dicha carta.

El juez procedió a su apertura, según aseguran, y se halló un oficio con el membrete «Secretaría de campaña de D. Carlos», dirigido a un general... con instrucciones, y una carta particular, conteniendo también indicaciones; ambos documentos, según se oye decir, venían firmados por Iparraguirre. El Sr. de Piédrola no tenía necesidad de justificarse de que era completamente extraño al contenido de ambos escritos. Basta su nombre para saber que jamás ha pertenecido a partido alguno que conspira. Dicen que desearon inspeccionar sus papeles, y pasaron a su archivo, poniéndolos de manifiesto, entre ellos el legajo de documentos oficiales, pues hace más de 21 años desempeñó cargos gratuitos de Juntas, instrucción primaria, beneficencia, Academia de Bellas Artes, sanidad, etc., pues como persona independiente, querida siempre y considerada por todos los partidos, no ha tenido dificultad en consagrarse al bien de la provincia, que le es deudora de muchos beneficios.»

Parécenos que la precedente relación tiene más de cuanto que de otra cosa; mas aun siendo cierto lo ocurrido al Sr. Piédrola, no habrá nadie que no piense que la carta que se atribuye a la secretaría del señor duque de Madrid constituye una superchería, ideada para dar, por lo menos, un susto al Sr. Piédrola. No tenemos el gusto de conocer a este señor, pero lo que le ha ocurrido puede ocurrir mañana a cualquier otro, y a todos interesa estar prevenidos contra los desconocidos que se entregan a la diversion de dirigir cartas de supuestas conspiraciones y hacen que llegue su humorada a conocimiento del Gobierno. El conocimiento que el Gobierno tenía de la carta dirigida al Sr. Piédrola, revela, más que otra cosa, la superchería. ¿Hace el Gobierno que se abran las cartas en Correos? Lo vedala Constitución; luego es preciso que alguien le entere de la existencia de tales cartas, y claro está, que si las cartas fueran auténticas, ni se enviarían por el correo, ni aunque se enviaran, podría tener conocimiento de ello el Gobierno.

que si sabía quién le dirigía aquella carta, y por qué, y contestó: Que no sabía quién la dirigía; que siendo persona muy conocida é incapaz de abusar de una correspondencia, se la habrían dirigido en la seguridad de que no abría la carta jamás. Y que haría Vd. con ella? dicen que le preguntaron. Conservarla hasta que se me presentase uno, me diese las señas y dijese que buscaba dicha carta.

El juez procedió a su apertura, según aseguran, y se halló un oficio con el membrete «Secretaría de campaña de D. Carlos», dirigido a un general... con instrucciones, y una carta particular, conteniendo también indicaciones; ambos documentos, según se oye decir, venían firmados por Iparraguirre. El Sr. de Piédrola no tenía necesidad de justificarse de que era completamente extraño al contenido de ambos escritos. Basta su nombre para saber que jamás ha pertenecido a partido alguno que conspira. Dicen que desearon inspeccionar sus papeles, y pasaron a su archivo, poniéndolos de manifiesto, entre ellos el legajo de documentos oficiales, pues hace más de 21 años desempeñó cargos gratuitos de Juntas, instrucción primaria, beneficencia, Academia de Bellas Artes, sanidad, etc., pues como persona independiente, querida siempre y considerada por todos los partidos, no ha tenido dificultad en consagrarse al bien de la provincia, que le es deudora de muchos beneficios.»

Parécenos que la precedente relación tiene más de cuanto que de otra cosa; mas aun siendo cierto lo ocurrido al Sr. Piédrola, no habrá nadie que no piense que la carta que se atribuye a la secretaría del señor duque de Madrid constituye una superchería, ideada para dar, por lo menos, un susto al Sr. Piédrola. No tenemos el gusto de conocer a este señor, pero lo que le ha ocurrido puede ocurrir mañana a cualquier otro, y a todos interesa estar prevenidos contra los desconocidos que se entregan a la diversion de dirigir cartas de supuestas conspiraciones y hacen que llegue su humorada a conocimiento del Gobierno. El conocimiento que el Gobierno tenía de la carta dirigida al Sr. Piédrola, revela, más que otra cosa, la superchería. ¿Hace el Gobierno que se abran las cartas en Correos? Lo vedala Constitución; luego es preciso que alguien le entere de la existencia de tales cartas, y claro está, que si las cartas fueran auténticas, ni se enviarían por el correo, ni aunque se enviaran, podría tener conocimiento de ello el Gobierno.

Hé aquí algunas noticias de interés referentes al extranjero:

«Después de la gran reunión de los católicos alemanes en Bonn, los francmasones y liberales del imperio se reunieron el domingo 5 del corriente para dirigir un telegrama de adhesión al emperador y protestar contra la última abdicación del Sumo Pontífice. Inmediatamente después, los católicos han celebrado una reunión de millares de personas, y telegrafiaron al emperador manifestándole, que si habían dado gracias al Papa por sus palabras relativas a Alemania, no por eso dejaban de ser fieles súbditos del poder civil, según la religión misma lo ordena, y que piden al cielo que envíe sus bendiciones sobre la persona del emperador.

«El Gobierno prusiano ha retirado el proyecto de ley de matrimonio civil. Resulta, en efecto, que con él se hacía más daño al protestantismo que a la Iglesia, pues con el acto civil verificado ante los magistrados se escusaba la ceremonia ante los pastores, puesto que para los protestantes el matrimonio no es Sacramento.

«Entre las mejoras y reformas adoptadas desde 1.º de Enero por el excelente periódico *L'Observateur romain*, son notables la sección abierta para dar cuenta de los actos del Episcopado romano, y el ser dicho periódico órgano de la federación Plana, que comprende a todas las asociaciones católicas de aquella península.

«El Nuncio de Su Santidad en Suiza ha protestado ante el Consejo federal contra los atentados jurídicos y religiosos cometidos por el cantón de Ginebra.

«El emperador Napoleón recibió todos los Sacramentos antes de sufrir la operación tras la que ha bajado al sepulcro.

«En París no se hablaba de otra cosa en los últimos días sino de la muerte del César francés.

Los periódicos vienen llenos de reseñas y pormenores, así como de juicios del imperio y de pronósticos sobre la suerte futura de esta idea. La prensa toda, excepto la imperialista, cree muerto el imperio con Napoleón III; pero los periódicos afectos a esta política, aseguran a una que el imperio vive, y que la idea en el contenido permanece cada vez más poderosa por la necesidad de unir las instituciones liberales con un poder energético que detenga las corrientes anti-sociales y demagógicas.

En vista de las dificultades que presenta el planteamiento del jurado, se ha dicho que su instalación se ha diferido por algún tiempo. Así lo asegura un periódico.

Suma y sigue. Los generales Calonge y Fernández San Roman han renunciado a sus condecoraciones. Se continuará.

El motín de la semana.

Ayer se amotinaron, pidiendo aumento de jornal y disminución de horas de trabajo, los jornaleros que se ocupaban en la construcción de la vía férrea en el término jurisdiccional de Axala.

Los moros, mejores pagadores que nosotros, al cumplir puntualmente el tratado de Tetuan. Acaban de llegar a Cádiz unas 700,000 pesetas de la recaudación de las aduanas marroquíes.

Se han recibido por la vía de Nueva-York los siguientes despachos de Cuba:

HABANA 14, Diciembre.—El Gobierno está comprando en Méjico caballos para el ejército. Continúa la peste entre los de aquí y muchos se mueren.

Idem, 17.—El general Riquelme está aquí conferenciando con el capitán general.

Los comerciantes de la Habana ofrecen ayudar al intendente para cobrar con exactitud los derechos de aduana. A consecuencia de esto el intendente suspendió la publicación de las casas que defraudaban la Hacienda.

Continúa la enfermedad de los caballos.

Ha vuelto a Puerto-Rico el propietario del

Boletín Sr. Larrosa, desterrado por el general Larrosa.

Idem, 19.—Ha llegado aquí el ministro del Interior de los Estados Unidos Sr. Delano. La cosecha de tabaco será abundante. Los caballos van mejorando.

Idem, 24.—La cosecha de azúcar cada día promete ser mejor.

Los caballos de aquí y de las inmediaciones van mejorando, pero la enfermedad se propaga a los distritos del interior.

El domingo por la mañana llegó el *City of Mérida* de Nueva-York.

El cambio sobre los Estados Unidos a 60 días, está de 10 a 10 1/2 por ciento premio, en papel; a corto plazo, de 12 a 12 1/2 id. A 60 días, en oro, de 22 a 22 1/2 id. por 100 premios; a corto plazo, de 24 1/2 a 25 id. id. Sobre Londres, de 34 y medio a 35 por 100 premio; sobre París, de 17 1/2 a 18 id. idem.

## SEGUNDA EDICION.

A continuación insertamos íntegro el hermoso discurso que Su Santidad dirigió a las comisiones de la *Juventud Católica* de Italia, presididas por el presidente de su consejo superior, señor Juan Acquaderri, que leyó su magnífico mensaje.

Hé aquí el discurso de Pio IX:

«Acabais de decirlo; las naciones son sanables. Dios es el médico todopoderoso, que cura no solo los individuos, sino también las naciones. Tenemos aquí la prueba de ello. Esta Italia atormentada de abajo arriba, por tantas opresiones y escándalos, se muestra sana en gran parte, en su gran mayoría, y vosotros tenéis en vos mismos el tipo de esta salud que yo os deseo conservéis hasta el último momento de vuestra vida.

«Yo me pregunto por qué se hacen tantos esfuerzos para corromper las naciones é infestar los pueblos con falsas doctrinas y detestables ejemplos, y me repito: *Quare fremuerunt gentes et populi mediantibus sunt inania*. Este Salmo, uno de los que escribió el Profeta real, se aplicaba a la venida del Redentor. En efecto, desde que Jesucristo apareció sobre esta tierra, ha vencido enemigos fuertes y poderosos.

Tenia en contra suya la idolatría, la sinagoga y las pasiones más licenciosas, fomentadas por los más perversos de los espíritus infernales. Pero El vino armado del poder de Dios, cuya sabiduría y voluntad triunfan de todo. Venció, en efecto, la idolatría, la sujetó y convirtió en motivo de ridículo; venció la sinagoga, la sujetó y la hizo odiosa; venció las pasiones más desenfrenadas, y las hizo despreciables. Vino y venció la muerte; vino, y los reyes, como ha dicho el que ha hablado en vuestro nombre, se prosternaron a sus pies, reconociendo en él al rey del cielo y de la tierra. Vino, y las puertas del Paraíso, cerradas durante tantos siglos, se abrieron de nuevo, y dieron acceso, lo dan aún, y lo darán hasta la consumación de los siglos, a millones de almas redimidas por Jesucristo.

«Sin embargo, por una razón que nuestra inteligencia no puede comprender, por uno de los fines ocultos de la Providencia, mientras que abatía el árbol de la impiedad y caía bajo sus hojas con espantoso ruido, subsistían sus raíces. Hé aquí por lo que aun hoy mismo debemos combatir. No es la idolatría lo que tenemos delante, sino la incredulidad y las sectas perversas, saliendo de las cavernas del Infierno. No tenemos que atender a la sinagoga, sino al disimulo y a la hipocresía. Las pasiones pulsan de nuevo y asolan el mundo entero.

«¿Qué hemos de hacer? Debemos oponernos cuanto nos sea posible a estos nuevos enemigos, y emplear contra ellos un nuevo vigor, nuevos medios y nuevos esfuerzos, para demostrar que si la Iglesia es siempre combatida, jamás es vencida.

«No quiero hacer la enumeración de todos los enemigos, males y pasiones que atacan a la Iglesia, enumeración que se os ha hecho por conducto de casi todos los Obispos del mundo católico, y yo mismo he leído en estos días una protesta en favor de los derechos de la Iglesia, una carta pastoral muy digna de atención escrita por todos los Obispos de Suiza, víctimas también de la injusticia y de la tiranía. Debemos secundar las instrucciones contenidas en esta carta pastoral, y hacer ver que en Italia se defienden también los derechos de la Iglesia con el espíritu, con el corazón y con la mano; con el espíritu no cesando jamás de escribir y hablar en defensa de la religión; con el corazón llenando las iglesias, no para seguir una antigua costumbre, sino para elevar nuestras súplicas hacia Dios; con la mano... aquí no puedo sino decir que vuestra mano acaba de obrar con arreglo al impulso de vuestro corazón; lo habéis demostrado al depositar vuestra ofrenda a los pies del Vicario de Jesucristo.

«Combatamos siempre con valor y sin temor alguno. Recordad que los enemigos de Dios desaparecen, mientras subsiste la Iglesia. El niño Jesús huyó a Egipto para evitar la rabia de Herodes; pero una noche José fué advertido de que podía volver: *Dafuncti sunt inimici quarebamus animam pueri*. ¡Oh, cuántos enemigos y perseguidores de la Iglesia han desaparecido ya de este mundo! ¡Cuántos de ellos, después de saciar su rabia y de pervertir gran número de almas fieles a Dios, han muerto, mientras que la Iglesia permanece! *Si, ipsi peribunt*. Pero vos, Esposa amada de Jesucristo, Iglesia fundada por él, vos vivís siempre. *Ipsi peribunt, tu autem permanens*: vos permanecéis jóvenes, fuertes, llenas de constancia ante las persecuciones, que desembarazándoos de manchas y de tachas, os hacen más fuerte y forman de vos la Iglesia militante, llamada así precisamente porque debe combatir hasta la consumación de los siglos. *Ipsi peribunt, tu autem permanens*: permanecéis con la enseñanza de la verdad, con la enseñanza de la moral, con la administración de los Sacramentos, de mil diversas maneras, mientras que ellos perecen: *Ipsi peribunt, tu autem permanens*; que esto sea nuestro consuelo, nuestro valor, nuestra fe. Estamos persuadidos de que *ipsi peribunt, Ecclesia autem Dei permanebit usque in finem seculorum*. Trabajemos con este espíritu de fe. Sostengamos valerosamente la causa de Jesucristo, refutemos las blasfemias de los impíos y empleemos todos nuestros esfuerzos en impedir que las almas inocentes sean corrompidas por perversos consejos y funestas enseñanzas.



